



JB

Hola mi Rey,

No sé si en este papel lograré escribir todas las palabras que quiero, si lograré contarte todo lo que me encantaría que supieras, no sé siquiera si lograré terminar esta carta. Me tiemblan las manos y me falta el aire con cada letra que estoy escribiendo.

Sabes, porque eres el único hombre que me conoce, que no soy capaz de decir "Te quiero" con facilidad, que se enmudecen mis labios cuando de expresar mis sentimientos se trata. Pero nunca me hizo falta decirte "Te quiero" para que tú lo supieras. Bastaba con mirarte y que tú me sonrieras, bastaba con cogerte de la mano y que tú no me la soltaras, bastaba cada caricia... Siempre bastó con no decir nada.

No quiero que pienses que esto es una carta triste, y mucho menos una carta de desamor, porque no lo es. El amor es un sentimiento tan fuerte y tan poderoso que es capaz de traspasarlo todo, puede con todo, incluso con las batallas más duras. Créeme que ahora lo sé.

Todo era perfecto, no pedíamos más al destino ni a la vida, nos bastaba solo con amarnos y con vivir. Ay vivir, ¡qué bonito vivir!, un verbo que solo tú sabías lo que significaba y que lo has sabido conjugar hasta el límite.

Pero un día llegó ELLA. Sigilosa, escondida. Llegó tarde, como siempre lo hace, sin avisar, sin llamar a la puerta, y se entrometió en nuestras vidas sin poder echarla. Pero aunque quiso resquebrajar nuestros sueños, tú no se lo pusiste nada fácil. Te pusiste tu capa, empuñaste tu espada y salió el príncipe guerrero que llevas dentro, ese príncipe de ensueño que toda mujer hubiese deseado para su historia de amor con final feliz. Peleaste contra enormes dragones de agujas afiladas, luchaste en desiertos helados y llenos de soldados que también intentaban derrotarla, miles de cicatrices dibujaban en tu hermoso cuerpo las cientos de batallas por las que pasaste, peleaste con ese escudo de plata en tu pecho que siempre escondías ruborizado... te dejaste la piel. Y hoy sé que el amor fue el arma más poderosa que te hizo ganarle y plantarle cara. Y cuando parecía que ELLA se había rendido a tus pies y se marcharía cabizbaja por la puerta de atrás, volvió a por ti, y esta vez fue quién ganó la batalla.

ELLA finalmente ganó, sí, pero a pesar de su victoria, nunca pudo llevarse algo más valioso, que eras tú, porque pese a que no te tengo frente a mis ojos, te siento y te quiero de la misma forma que el primer día, porque sigues siendo y estando tú, solo tú.

Dicen que el amor es enseñanza, y tanto que lo es. Tú me enseñaste que las historias de amor nunca se acaban, y cuánta razón tenías.

No voy a negar que te eche menos, lo hago a cada minuto, a cada segundo, a cada instante. Pero sé que sigues abriéndome la puerta de casa todos los días, con esa sonrisa que me quitaba las penas del día más horrible; que me sigues poniendo bien mis orejitas todas las noches antes de dormir; que me despiertas con ese beso tan sonoro todas las mañanas; que agarras mis manos cada vez que paseo y que me abrazas y me consuelas a cada instante cuando me siento en esos escalones que fueron muro de lamentaciones para ti y donde maldigo el mundo por todo lo que nos ha hecho.

Escucho tus palmas replicar a cada paso que doy, y que acompañas con ellas el soniquete de cada canción que estás cantando ahí arriba... ¡Menuda la tienes que estar liando! Porque ya sabes que desde el cielo todo suena mejor aquí abajo.

Estás en todos los rincones de la casa, estás en todas las conversaciones, en todas las palabras, en todos los olores, estás en cada paso que doy, porque ya sabes papá que siempre nos decían que teníamos los mismos andares en este largo caminar.

Todos los días me sigo asomando a tu ventana, levanto la persiana y sigo viendo el sol entrar por la habitación, veo nuestro limonero, ese que tanto nos costó que creciera, pero que gracias a ti finalmente creció. Todos los días me asomo por si mirando una y otra vez logro despertarme y verte abajo cortando las flores y quitando las hojas del suelo y sintiendo que todo es como siempre, que sigues estando ahí, y que todo esto no fue más que una horrible pesadilla. Pero me asomo y la ventana y ya no tiene las mismas vistas. Ya todo se ve diferente a través de ese cristal. El mismo sol, el mismo árbol, pero todo tan distinto. Hasta el sol se asoma de una forma más triste por tu ventana. Hasta el sol te extraña mi Manué.

Te dije al principio de esta carta que no sería capaz de terminarla, y así es. No podría dejar de decirte cosas, de recordar momentos juntos, malos, buenos, pero siempre juntos. De todos ellos hemos aprendido, hemos luchado pero sobre todo hemos vivido. Pocas personas pueden decir que saben lo que significa esa palabra: vivir. Tú sí lo sabías, y con eso eras el hombre más rico del mundo, y nosotras las más afortunadas de poder hacerlo contigo.

Lo que se te olvidó decirme es que el amor también es duro. Duele, hiere y lastima, que deja cicatrices, que sangran las entrañas, pero tú me enseñaste que las cicatrices solo son reflejos de que estamos vivos y vivir duele, pero siempre merece la pena, y mucho más si es contigo.

Aquí ya nada es como antes. Sigue siendo bonito aunque de color gris, sí, porque sigues siendo tú, porque sigo hablándote todos los días, porque sigues siendo mi confidente, mi amigo, mi amor, mi padre. Y eso ELLA nunca se lo pudo llevar.

Te quiero con toda mi alma papá.

Fdo:

ROMA